# QUISIERA ESTAR CONTIGO

Heidi Vivas

© Can Stock Photo - csp37136264

# Capítulo 1

Quisiera estar contigo

Capítulo 1

Entró su auto en el amplio garaje. Aquella puerta se abrió como por arte de magia como la boca de un mago gigante y del mismo modo se cerró una vez que el importante auto la traspasó. Su conductor descendió y cruzó la pequeña abertura que lo comunicaba con el hermoso jardín de invierno. Por enésima vez en ese día evocó a su adorada Rosalía. Sus ojos escudriñaron la oscuridad y su mente perdida en la nostalgia que le producía aquella fecha . De solo pensarlo se sentía turbado. Su recuerdo le hizo fruncir el entrecejo mientras sobrepasaba la vacía sala de estar. La mitad de su mobiliario había ido a manos de su hermosa y tan lista pequeña de dorados cabellos y ojos del color del océano. Sagaz abogada, ¡terriblemente hermosa y tan lista! La primera vez que la vio fue en tribunales como litigante por la otra parte, en un caso que se resolvió en forma extrajudicial. Él le había observado entre subyugado y divertido como luchaba por la querella entre exaltada y augusta. Aquella noche le invitó a cenar y contrariando su caballerosidad ella no cejó hasta que le permitió pagar su parte de la cuenta. No quería "corromper las relaciones profesionales", le había dicho ella con una sonrisita socarrona, que había desatado en él el anhelo de abofetearle, y, por otra parte, arrancarle la ropa a jirones. Habían compartido risas, esperanzas, ambiciones, los problemas profesionales, la casa, la cama y pocas cosas más. Atrás quedaron sus deseos de llenar la parte superior de la casa con la risa de los hijos que él ansiaba ver moverse en aquel vientre planchado y enfriado por la política, endureciendo su corazón  y alejándole cada vez más de todo lo que él deseaba. Ahora a dos años de la separación hurgaba con el dedo del recuerdo  en la herida aún no cicatrizada. Debía evitar aquel sentir que aún tanto le carcomía. Cuando ella había partido a Nueva York le había marcado que no deseaba divorciarse, por un tiempo hasta trató de viajar de ida y vuelta, pero esto se fue espaciando cada vez más y sus fines de semana se hicieron cada vez menos frecuentes. Hasta él consideró la remota posibilidad de abandonar su bufete en San Francisco y correr tras ella. Pero de repente descubrió que eso no serviría cuando aquella madrugada le llamó y la voz ronca de aquel hombre le respondió. ¡Qué tonto había sido! ¡Le estaba engañando!

Cuando ella le llamó desde su despacho en Nueva York ya el camino estaba trazado rumbo al divorcio. No valió la pena tratar de arreglarlo. Ella misma se lo dijo.

Al subir a su estudio, el silencio en la casa se le hacía insoportable. Entró a su alcoba y se puso ropa cómoda para salir a correr. Bajó rápido en zapatillas sin rozar la barandilla de la escalera. Empezó a caminar

aceleradamente hacia la bahía, necesitaba que la brisa nocturna le golpeara el rostro para sacudir aquellos lúgubres recuerdos que enturbiaban sus sentidos. Al mirar hacia las ventanas de las hermosas casa veía a hijos con sus padres charlando y riendo. Algo de lo que él estaba a años luz. Dos años de estúpidas mujeres que pasaban por sus brazos sin hacer mella en él. Necesitaba una gema, alguien muy especial que despertara el frío que Rosalía había dejado en su corazón. Estaba así sentado ya en uno de los sitios favoritos de él mirando al agua desde las escalinatas de piedra. Paseó su mirada y descubrió en la oscuridad de los escalones inferiores  aquel cuerpo envuelto en pieles con sus manos cubriendo su rostro que al levantarlo alcanzó a ver su maravillosa hermosura. La mujer se elevó mostrando su magnífica prestancia. ¿Quién era esa mujer? ¿Qué estaba haciendo allí? Su presencia parecía conmoverlo hasta las fibras más íntimas de su ser. Luego se dejó caer nuevamente como abatida por un rayo. Él no dejaba de observarle. De repente, ella giró su cabeza bella, de negra cabellera recogida en distinguido rodete. Y le miró con ese rostro cautivante que la luna iluminaba y pudo distinguir el torrente de sus lágrimas descendiendo por sus mejillas. Ella volvió a alzarse y desapareció descendiendo los últimos peldaños y perdiéndose tras el seto que conducía a una de las mansiones.

## Capítulo 2

Se fue a la cocina y metió en el microondas un cuarto de pollo al horno. Se preparó una ensalada de pepinos y tomó la jarra de jugo de naranja del refrigerador. Bebió un buen vaso y se llevó otro a la sala para acompañar su cena mientras miraba alguna película en cable.

Sentado y muy cómodo, apoltronado, descansó su espalda en su sillón favorito tras comer. Observaba a una hermosa actriz desfallecer en brazos de Gary Grand y sonreía con cierto dolor. Él había estado así con su ex mujer y eso estaba ya perdido en el pasado. Pensó en la mujer enigmática. ¿Estaría afligida por un amor perdido? ¿Volvería a verla? Después miró por la ventana del living observando cómo algunas luces se apagaban indicando que muchas personas se iban a descansar después del ajetreo de ese día. Decidió irse a dormir él también.

Tres semanas después de aquel especial día Andrew transitaba con su maleta  rumbo a la zona de embarque para tomar su vuelo a Nueva York. Luego de despachar su escaso equipaje se dispuso a beber un café y paseando la vista por los movimientos del lugar le descubrió. Elegante en su traje de pantalón y saco distinguido la bella mujer se desplazaba hacia donde él estaba quizás también a hacer algo de tiempo antes de tomar su avión. Le observó con mayor atención y su asombro no tuvo límite, era ella, la mujer de aquella especial noche. ¡Qué belleza! Se irguió en su asiento y comprobó que sí, se había pedido un capuchino y se sentó

satisfaciendo su ansiedad a una mesa de donde se encontraba él.

Su corazón se le escapaba del pecho al tenerle a unos pocos metros de distancia. Le miraba absorto por su distinción y encantadora hermosura. Era temprano y ella se veía tan diáfana, mientras él se increpaba por estar pendiente de esa ilustre desconocida.

En la ventanilla había obtenido uno de los últimos pasajes que quedaban en segunda clase e Ivonne se aprestaba a subir a su aeronave. Su esposo era el más acaudalado hombre de San Francisco. Tenía setenta y un años y cuarenta años más que ella. Se había despedido de su soltería el día que visitó a su entrañable amigo en París y le conoció. Ella apenas contaba diecinueve años y se dejó enamorar por aquel apuesto amigo de su padre, en menos de un año se habían casado. Tras un apasionado matrimonio lleno de mucho amor él ahora estaba bastante enfermo y ella estaba algo apenada por esta situación. Vivían en la imponente casa de la bahía en San Francisco, allí donde le había descubierto su admirador desconocido, Andrew.

Al momento de subir a la aeronave iban desfilando uno a uno por la pasarela. Tras controlar su tarjeta de embarque la sonriente azafata le acompañó hasta su asiento, ya le había entregado antes su porta traje y la cartera porta documentos la deslizaría bajo su asiento. Al momento de ubicarse comprobó no sin disgusto que había otra maleta de mano bajo asiento contiguo. Confiaba en que su acompañante estuviese tanto o más ocupado que él, que pensaba revisar sus carpetas en el primer tramo del viaje. Le resultaba incómodo charlar con desconocidos.

Extrajo las carpetas del maletín una vez que lo sacó de debajo de su asiento y se enfrascó en la lectura hasta que notó que algo se agitaba a su lado. De soslayo miró al suelo y vio unos finos zapatos Gucci de lagarto que brillaban y dejaban entrever el hermoso tobillo femenino. Alzó la vista y casi desmaya al descubrirle. Estaba leyendo, ¡oh coincidencia! la última de las novelas de su madre. Sí, su progenitora era Arlen Miller, desde hacía diez años se había volcado a la escritura de novelas románticas y actualmente era una afamada escritora.

Sus cabellos caían en cascada cubriendo su cara y él pudo percibir el suave aroma a rosas de su perfume. Quedó como embriagado con él. _¡Ah, Ud.!_ dijo complacido_ Ella sobresaltada se paró. Se sentía muy mal si alguien le reconocía. Pero antes que pudiera alejarse un paso de él una firme mano le tomó de uno de sus brazos y la majestuosa figura de su desconocido compañero de viaje se paró junto a ella ofreciéndole el sector de la ventanilla con amable gesto acompañado por una simpática sonrisa. _ Perdone, le vi adquirir ese libro que lo escribió mi madre._ ¿Por qué no se sienta?

Ella algo más tranquila pasó delante de él que aspiró su fragancia con increíble deleite.

_Le ruego me disculpe_ le dijo con amplia sonrisa.

_Hoy cuando le vi adquirir ese texto me sorprendí por dos razones. Una por reconocerle de los escalones noches atrás y quedarme sin poder hacer nada al verle tan triste. Y hoy, descubrir que solicitaba el libro de mi mamá. Aunque le parezca mentira soy el mayor de los hijos de esa talentosa escritora, de quien realmente estoy muy orgulloso. _Dijo a manera de disculpa.

Ella le miraba abriendo sus enormes ojos almendrados. _Vivo en ese lugar y es el refugio donde escapo cuando algo me perturba.

_Esa noche yo estaba hablando por teléfono y de repente Ud. se esfumó al igual que recién en la cafetería. _Le dijo él mirándole con mucho cariño.

_Es Ud. muy especial. Nunca imaginé viajar junto al hijo de mi autora favorita. Soy Ivonne Frank , francesa y vivo junto a la bahía en una enorme casa de piedra de cinco pisos.

Observaba sus bellas manos que no poseían alianza. Imaginaba que sería la hija de un importante ricachón.

Ella miraba a Andrew con mirada más suave, había desaparecido la cólera que le había producido la exclamación de él. Le escuchaba divertida e interesada. Era muy simpático y tremendamente apuesto. Su cabello castaño ondulado caía ensortijado sobre un costado de su frente y le daba un aire de niño.

_Andrew Stuart, abogado, estadounidense aferrado a San Francisco._ Ella le miraba divertida.

_¿Ud. a qué se dedica ,"dama de la noche"?_ le preguntó interesado.

_A nada, leo mucho, corro en las mañanas, y no escucho a tontos que se hacen pasar por hijos de mi autora favorita._ Él lanzó una carcajada._ ¿Cree que le estoy mintiendo?

_Ud. no se apellida Miller. Lo atrapé. _Le miró buscando su reacción entre extrañada y divertida.

_Es el apellido de soltera de mi querida madre. Realmente soy su hijo. Ella tiene dos: Allyson, mi hermana menor que es senadora y vive en

Nueva York. _Le dijo con amplia sonrisa.

_¿Por qué insiste en esta chiquilinada? Cómo puede inventar algo tan inmaduro como el hacerse pasar por hijo de la escritora que estoy leyendo._ Le remarcó con énfasis risueño y algo irritada.

Entonces él buscó en el bolsillo interno de su chaqueta y sacó un billetera interesante y sofisticada de la cual sacó una fotografía doblada. De un lado estaba más pequeño el retrato que lucía en la contratapa de su libro y del otro una familiar en la cual estaba él abrazando a su madre. Se la extendió ante el asombro de la mujer.

_ Increíble. Mil perdones. Por Dios, es mi preferida._ Dijo tomándole de su mano al devolverle aquella prueba que corroboraba lo que él decía.

_ ¿Dónde se hospeda en Nueva York? _Le interrogó él.

_Imposible saberlo, vienen por mí al aeropuerto. Una vez allí me debo a quienes me esperan._ Le respondió ella.

_Yo estaré en el Carlyle. Te espero mañana a tomar una copa._ Le invitó él solícito.

_Ni lo sueñe_ le dijo ella._ Mis guardianes tienen todo listo para que yo me dedique a ellos en exclusiva. Verían con feos ojos que me fuese a beber con extraños.

_Te dejo mi teléfono_ estaban llegando._ Mi madre seguro ha de querer conocer a una de sus admiradoras. Llámame y combinamos.

_Te ruego me disculpes, me resultará difícil zafar de mi séquito. Ellos retiran mi equipaje._ Le explicó ella.

_Insisto. Invítales a que te acompañen. Conoce a mi madre y sal conmigo uno de estos días._ Le rogó.

Apenas salieron por la puerta del avión dos azafatas estaban aguardando por ella y así escoltada le vio desaparecer por el pasillo.

_Mientras retiraba su equipaje no dejaba de pensar en ella. Caminó en busca de un taxi y se dirigió a su hotel. Se sentía como el protagonista de una de las historias de su adorada madre. Triste, frustrado y angustiado por no poder estar con su amada.

Capítulo 3

Visitó a su hermana, luego viajó hasta la mansión de sus padres en las afueras de la ciudad. Mientras paseaba por los inmensos jardines del brazo de su progenitora sonó su celular.

_Adivina donde y con quien me encuentro. Mejor habla con ella. Prepárate.

Le pasó el teléfono a su madre y esta sin titubear tomó la llamada.

_Eres la "dama mágica",_ le dijo la mujer sonriendo_ Así que me lees con frecuencia.

_Arlen, ¿es Ud.? Qué suerte tengo de encontrarle. Es una maravilla su último libro. Ya me devoré más de la mitad de él. Es una historia preciosa y llena de dulce amor.

Revivo cuando le leo.

_Preciosa, debes vivir una hermosa vida. Me dijo mi hijo que eres increíblemente fina y bella. él sueña contigo. Lamento no poder conocerte. Sabes mañana vendrá mi nieto en la tarde y jugará tenis con Andrew, quien entre nosotras es un campeón jugando. ¿Tú juegas? Porqué no asistes y almuerzas con nosotros. Estás invitada. Trae tu equipo y si no has traído te presto uno de los míos. De cuando era más joven. No te asustes, tampoco he de disfrazarte.

_Le acepto con mucho gusto. Me escaparé de mis tías y hermanas. Dígame la dirección y allí estaré a la hora que Ud. me indique.

Le pasó todos los datos y luego se despidieron. Le devolvió el teléfono a su hijo que impaciente aguardaba a cierta distancia.

_ Bueno, arreglaron una nueva novela con todo lo que han hablado. _Señaló jocoso él_ Qué forma de dejarme de lado.

_Tienes una progenitora muy hábil. No pude negarme y mañana he de reunirme con Uds. Prepárate para un gran día. _Y se despidió de él.

Abrazó a su madre y le levantó por el aire dando una vuelta.

_¡Loco lindo y simpático!_ le dijo su madre mientras se componía al volver a pisar el césped.

_Lograste un imposible. Se había negado por completo a encontrarnos.

¡Te adoro, madre!_ Pegó un salto de alegría.

Con mucha satisfacción salió vistiendo su equipo de tenis del hotel. Se subió en el auto que había alquilado en la víspera y dejó su bolso atrás.

Al llegar a la casa su elegante padre le aguardaba en el comedor diario vistiendo ropa sport y un sweater de cachemira rojo. Estaba desayunando y se le unió tras besarle en la frente.

_Te ves muy contento esta mañana. ¿qué te ha sucedido?_ le dijo el hombre observando el rostro radiante de su joven hijo.

_Dichoso por verles. Lo estoy disfrutando mucho._ Sonrió.

Bebió un café bien cargado y saboreó una medialuna. Bajando la escalera venía su madre. _ ¿Has podido dormir anoche?_ Le dijo la mujer abrazándole.

_¡Ah!, algo le está sucediendo para lucir tan bien._ Señaló su padre.

Un auto se detuvo frente a la casa y el ama de llaves anunció al rato. _La Sra. Ivonne.

_Él se paró enseguida y avanzó hacia la puerta para recibir a la invitada: _ Bienvenida, es todo un gusto volver a verte le dijo besando su diestra.

Ella vestía un conjunto rosa pálido de pantalón y chaqueta con una blusa negra cuello alto. Llevaba su cabello atado con una alta cola de caballo. Su tez lucía hermosa y lozana. Calzaba chatitas negras de charol. Traía una fina mochila.

Al descubrir a la madre de Andrew se abrazó a ella y le besó. _¡Mil gracias por invitarme! Es más que un honor poder conocerle.

_¡Qué linda dama!_ Exclamó el esposo de la escritora. _Yo soy el marido de ella_ Se presentó.

Se sentó y al rato todos charlaban amenamente. Mientras hablaban Arlen no dejaba de admirar la gran esbeltez y belleza de su invitada.

Le condujo a una de las habitaciones superiores para que se vistiese. Iban a jugar una partida de tenis con Andrew. La muchacha lucía increíble cuando descendió las escaleras luciendo su pollera blanca corta y aquella increíble musculosa negra. Sus largas piernas muy bien torneadas dejaron sin aliento al muchacho.

_Cuando quieras _dijo blandiendo su raqueta.

_Mi nieto vendrá más tarde. Él debe haber salido anoche, de ahí que demore._ Lo disculpó su abuela.

Todos caminaron por uno de los floridos accesos a la cancha de tenis. más atrás se observaba una magnífica piscina y un quincho.

_¡Qué magnífico lugar! _Exclamó asombrada Ivonne.

Sus padres se sentaron a disfrutar de aquel lance. Ambos eran interesantes y parecían saber bien a las claras las reglas del juego. Ella era muy graciosa y se veía más que liviana y suelta sobre sus zapatillas de marca. Él le observó fascinado cuando hizo unos saltos de calentamiento a un lado y a otro.

Estuvieron parejos y se divirtieron muchísimo durante el encuentro. Cuando concluyeron comprobaron que había llegado el sobrino de Andrew quien se abrazó con alegría a su tío.

Jugaron ambos un encuentro. Bill tenía un donaire especial y era un rubicundo joven con un adiestramiento ejemplar. Venció a su pariente por amplio margen. Muertos de risa entraron al comedor del quincho y disfrutaron de entremeses y aperitivos varios.

Las mujeres charlaban muy entretenidas y se reían a lo grande. _Andrew se preguntaba de qué tratarían para divertirse tanto. La carcajada de ella sonaba a cascabeles.

El almuerzo estuvo más que delicioso. Todos tenían mucho apetito y saborearon el exquisito cordero al horno con batatas, que constituyó el segundo plato. Luego Bill puso música moderna y sacó a bailar a Ivonne, el chico de veinte años estaba subyugado por la visitante. Y ella estaba más que suelta y agradable. En un momento dado él se la robó y danzaron juntos. _Eres lo que me diagnosticó el doctor para ser feliz._ Le dijo en un momento dado él.

Entonces ella le tomó de la mano y le llevó aparte y le relató su matrimonio con lujo de detalles. Dejándole a él más que pasmado. Nunca imaginó que ella estuviera casada.

_Tienes un decir muy claro y hermoso._ Observó Arlen_ Bien podrías dedicarte a escribir.

_Ella sonrió_ Jamás lo intenté. Pero soy una narradora increíble cuando voy a España con mis tíos y primitos entretengo a todos con mis cuentos. Hasta los adolescentes se copan conmigo porque las gárgolas, personajes

fantásticos y hadas abundan en mis relatos.

A Andrew le encantaba ver la corriente que existía entre su madre y ella. Ya avanzada la tarde les rogó la disculpasen porque debía reunirse con sus familiares.

_Lo lamento... Pero si me demoro un rato más saldrán a buscarme con detectives. Debo volver con mi madre, tías y primos.

No había explicado que había fraguado una jaqueca para evitar el almuerzo familiar.

Había ansiado conocer a Arlen y volver a ver nuevamente al interesante Andrew. Les agradeció la agradable tertulia y les dijo que guardaría con mucha alegría en su corazón los bellos momentos vividos.

Andrew se ofreció a llevarle y tras saludar una vez que se cambió salió del brazo de su nuevo amigo.

_Cuando iban de regreso a la ciudad y él le insistió en verse ella le pidió que evitasen la tentación del estar a solas._ A mí también me suceden cosas contigo pero me debo a mi Henry él es demasiado bueno conmigo y jamás he de faltarle. Compréndeme, Andrew.

Así se dijeron adiós.

Capítulo 4

Quedaron en que en una de esas noches iría a tomar un café con él. Más no podía.

Al regresar con su madre le preguntó que le había parecido. _Es un mujer fascinante. Pero es la esposa de Henry Spencer. Es uno de los hombres más ricos del mundo. Ha sufrido una serie de ataques que le tienen en sillón de ruedas. ¿Qué esperas de esa relación? _ La mujer le miró preocupada.

Pasaron los días y él desesperó porque no tuvo noticia alguna de Ivonne.

Un día no aguantó más y fue adonde le había dejado aquella noche y observó si le veía. Era un importante hotel. No aguantando más bajó del auto y fue a la recepción y preguntó por ella. Al rato ella bajó y casi desfallece al verle.

_No me hagas esto, Andrew. Yo no puedo verte ni ahora ni nunca. Soy una mujer casada. Adiós._ El pánico en su cara no lograba afearle.

_Pero tienes que verme aunque tan solo una hora._ Reclamó él desesperado._ Ella le miró y sus ojos se llenaron de lágrimas.

_Es mi realidad, no puedo faltarle a Henry. Yo soy su esposa y punto. Olvídame Andrew no tenemos derecho a pensar en nosotros. Márchate.

_No me olvides. He de esperar por ti toda la vida. Te amo._ Esas fueron las últimas palabras que cruzaron.

Cuando ella volvió a San Francisco Henry había padecido otro ataque y estaba sedado en su habitación a oscuras. Al verle entrar sus ojos grises le atisbaron en la penumbra. Ella reposó su suave mejilla contra su rostro y se recostó junto a él.

_¡Mi chiquilla hermosa!_ Ese perfume tan rico que usas me embriaga y me da vigor._ Le dijo él pasando su mano por sus cabellos mientras se los soltaba desatando el moño con el cual se los había sujetado.

Ella le leyó una parte de Hamlet que a él le encantaba. Le contó de su madre, de los chiquillos que habían gozado con sus historias teatralizadas.

Ese mismo día Andrew había ido con su sobrino a patinar al Rockefeller Center. Habían ido a cenar antes y tras despedirse de él volvía a San Francisco en un vuelo de la madrugada.

_El muchacho le había agradecido la invitación y le dejó saludos para Ivonne pensando que era su novia. Él no quiso explicarle nada. El solo oír su nombre le llenaba de tristeza.

Durante su estancia en Nueva York por suerte zafó de asistir a una reunión en casa de Allyson. No hubiera soportado el estar solo, ni tampoco encontrarse con Rosalía. Su soledad se acrecentaba y se entregaba con total resignación a ella.

Entró a su casa y arrojó las llaves sobre un mueble. Ya amanecía en la ciudad y se puso un joggin para salir rumbo a la bahía.  Se sentó en las escalinatas y observó la casa en donde habitaba su amor imposible.

Cuando llegó a las mismas hubiera querido escalar hasta donde dormía ella y meterse en su lecho y gozar de su perfume, abrazarle y comerle a besos. Tan cerca y tan lejos.

Al año de aquel partido de tenis en que pudo disfrutar de Ivonne en la casa de su madre mientras caminaba por una arteria de San francisco le vio bajar de un auto a comprar cafés. Descubrió que ella era quien conducía y un hombre mayor le acompañaba. Se quedó observándola, vestía vaqueros ajustados y llevaba su cabellera trenzada. Estaba tan

bella que dolía mirarle. Ella volvió al auto y acarició a aquel anciano y le dio un beso en la mejilla.

Las lágrimas corrieron por las mejillas de Andrew, ¡qué linda estaba!

Esa noche volvió a sentarse en las escalinatas largas horas. Y de pronto se produjo el milagro ella apareció. Se quedó anonadado cuando le observó sentarse. La miró conteniendo la respiración, estaba preciosa, llevaba unas calzas multicolores y un largo polerón. Parecía una chiquilla con su cola de caballo. Lento fue descendiendo y ya junto a ella le llamó: _Ivonne.

Ella giró la cabeza y le miró consternada. Se levantó e iba a salir disparada pero se arrojó en los brazos de él llorando._ No te lo voy a perdonar._ Le dijo sollozando.

_Cuenta conmigo, cariño. Existo por ti y jamás he de dejarte ir. Te amo con toda mi alma._ Le insistió. _No puedo olvidarte.

_Estás equivocado, Andrew. Eres joven, tienes derecho a casarte, encontrar a una mujer libre. Jamás engañaré a mi esposo. Perdóname._ Desapareció entre el ligustro.

Capítulo 5

Esa noche ella le leía uno de los párrafos que más agradaban a su marido cuando llamaron a la puerta. Con tenue voz indicó que pasaran y una de las auxiliares le alcanzó una nota. La metió en su bolsillo y tras comprobar que Henry descansaba le arropó, dio un beso en su pálido rostro y salió de la habitación en puntillas de pie. Al abrir la puerta casi se lleva por delante a su padre que con gesto adusto se plantó delante de ella._ ¿En qué andas Ivonne? ¿Con quién te ves furtivamente? ¿Acaso estás siendo infiel a tu marido?

Ella le tomó de un brazo y lo condujo a la biblioteca. Luego de cerrar la puerta le dijo:_ Papá, no sabía que estabas en la casa. Si deseas cenamos juntos.

_Responde, hija a algo de lo que acabo de preguntarte. Estoy alarmado porque detrás de mi alguien llamó y dejó un mensaje para ti. El cual tendrás en tu poder de seguro. ¿Desde cuando recibes notas intrigantes en forma tan directa?

_Llevé ropa a mi modista para que las arreglara y ella me mandó a decir que si deseaba pasara en la mañana a probarme._ Dijo sin titubeo alguno.

_No te puede decir esto por teléfono. ¡Caramba, niña! Es increíble que me mientas tan puerilmente._ El hombre se notaba irritado y muy nervioso.

_¡Papá! No elucubres historias. Sabes que soy muy fiel a Henry. Déjate de crear fantasmas que no existen._ A continuación llamó a su auxiliar e hizo que sirviesen la cena en media hora en el comedor para invitados._ ¿Te quedarás unos días? Cuéntame de tu viaje. _Dijo tomándole de un brazo y recostando su cabeza en él.

_Esta noche pernoctaré aquí. Mañana le quiero hablar de algunas cosas de Londres a tu esposo. Quizás le entusiasme a hacerse presente en alguna de las reuniones del parlamento. Algunos aliados desean contactarlo. Realmente aún estando tan delicado ellos cuentan con su vivaz mente para las negociaciones._ Le explicó a su hija, acariciando su mano.

_¡Qué bien le sentaría salir de esta celda! Todos podríamos acompañarle en esa empresa. Lo importante es la palabra de su médico de cabecera y que él quiera moverse._ Señaló entusiasmada ella.

_Por ello me quedo. Si logro convencerlo en dos días estaríamos en Inglaterra._ Remarcó su padre.

Entraron al comedor donde les aguardaban para servirle la cena dos asistentes y el ama de llaves.

Al ubicarse en la mesa la auxiliar se acercó para decirle algo al oído. _Ella se paró de un salto como si hubiese recibido una descarga eléctrica.

_Ya regreso, papá. Comienza sin mí, por favor._ Pasó rápido a la puerta de entrada. Al verle el corazón le dio un brinco._ Vete, imposible salir hoy. Ha llegado mi padre. Giró sobre sus talones y regresó al comedor.

_¿Qué sucede, querida? _ La cocinera desea saber si estarás mañana al mediodía. Le dije que sí.

_Él sonrió_ Me agrada que estén pendientes de los invitados.

Ella se sintió aliviada porque su progenitor no le descubriese en su mentira. Podría ser muy drástico si descubría la presencia de Andrew en el lugar.

Luego de la cena tomaron café en una de las salas. El padre bebió un cognac Napoleón y ella una copita de guindado. Charlaron sobre los últimos diagnósticos del médico. A sus setenta y tres años la salud de Henry estaba muy deteriorada. Los últimos dos ataques le habían debilitado mucho, había días enteros en que no hablaba con ella. Y en otros le tomaba de su mano y le insistía en que viajara a París con su

madre. Ella le rogaba que no tratase de alejarle de su lado que ahora solo quería mimarle y consentirlo.

Él le sonreía con esa belleza que conservaba en su viril e interesante rostro.

Cuando esa noche volvió a la habitación, donde dormía, desde hacía más de dos años cuando él sufriera el segundo infarto, sintió mucha tristeza. Leyó la nota que le había enviado su amor imposible:

"Ivonne: Todas las noches pienso caminar hacia la bahía. Mi corazón está acariciando el tuyo. Tuyo hoy, mañana y siempre. Andrew"

Se arrojó a la cama y dejó que el llanto brotara para calmar su pena.

Al ir a ver a su marido se alegró al encontrarle sentado y conversando animadamente  con su padre. _Me das una gran alegría, amor. _Le dijo mientras le abrazaba y besaba con mucha ternura.

_ Wilson me ha animado a sentarme. Juntos ya desayunamos. ¿Deseas unírtenos? _Le preguntó, mientras descansaba su mano derecha en la de ella.

_Pero por supuesto, si no les interrumpo.

_Pide tu desayuno aquí, por favor Freddy. _Le solicitó a su asistente personal.

_Enseguida, señor. _Respondió el joven, solícito y afable.

_Le hablas de finanzas y política y este hombre revive, mi querida._ Le subrayó su padre, muy contento.

_Me alegro muchísimo, viste yo le aburro. Tuviste que aparecer tú para reanimarle así. Ni se te ocurra marcharte._ Le abrazó con ternura.

_Nos iremos juntos pasado mañana a Londres. Haz que preparen dos trajes míos, camisas y mudas. Buen calzado. Freddy ha de acompañarnos como mi asistente personal. Observa que tenga su documentación en orden. Y tú luce así siempre, ¡qué bella mujer eres!

_Todo esto le indicó Henry con real entusiasmo.

Ella bebió su café y saboreó un trozo de torta de chocolate. _A la orden mi capitán.

_Se hospedarán en mi residencia_ dijo su padre_ Hoy mismo llamo a tu

madre para que disponga todo.

Ivonne vio con muy buenos ojos que su esposo quisiese viajar. Quizás se repusiera y podrían volver a ser la pareja que otrora fueran. Él era tan buen amante y tenía gestos hermosos para con ella viviendo juntos. Estaba aún enamorada de su marido.

Los preparativos se pusieron en marcha. Ella reservó en primera clase los cuatro pasajes a Londres. Ese día vendría a dar su diagnóstico para tal aventura el médico de cabecera de Henry.

Entre tanto revuelo ni recordó la pena del día anterior. Con asombro descubrió que había tenido diez llamadas perdidas de Andrew. Entonces se encerró en su habitación esa tarde y le llamó. Le explicó la buena reacción de su esposo. Además le rogó que dejase de imaginar que lo de ello podía tener futuro. Se despidió para siempre.

La desazón del abogado no pudo ser mayor. Se quedó tan consternado que no podía pensar con claridad. Siguió en su bufete trabajando pero su mente descansaba en otro ámbito.

## Capítulo 7

Era el cumpleaños de su marido y ella había tratado de reunir a gente importante en la casa de su padre con la anuencia de este contrató un buen servicio a un distinguido restaurante y pensaba brindarle una celebración sorpresa. Él se había vestido de magnífico traje negro y lucía muy bien. Caminando bastante altivo ingresó a la sala del brazo de su hermosa y radiante esposa.

Al entrar en la desierta sala se apagaron las luces y de repente las voces estallaron en el acostumbrado saludo: ¡ Feliz cumpleaños, Henry!

Todo se iluminó y rostros muy queridos por él aparecieron ante sus ojos.

Ella le dio un apasionado beso y le dijo: _Éste es mi regalo dejando en su mano una pequeña cajita blanca.

Fueron hasta la importante mesa que presidió y se dejó caer en la mullida silla. _Quiero ver este obsequio. ¡Qué mujer! Quiere terminar conmigo a mi edad me obliga a tener sexo con ella y ha logrado que le responda muy bien. _Dijo mirando sonriente a todos los presentes.

_¡No te puedo creer! ¿Es cierto? Vengan,  Víctor y Yolanda, van a ser abuelos porque su hija me ha dado la alegría de estar: ¡embarazada! Mostró los escarpines finísimos, alzándolos en alto para que todos los

viesen.

Los invitados aplaudieron y felicitaron a la feliz pareja. En efecto Ivonne estaba en su cuarto mes de gestación.

_Ella le abrazó y volvió a besar. Mientras ambos se estrechaban en un fuerte abrazo los fotógrafos invitados tomaban fotos. Fue una fiesta hermosa. La alegría del cumpleañero iba por todo lo alto. Al día siguiente los principales diarios anunciaban la llegaba al mundo del heredero del imperio Spencer.

Alguien en San Francisco estrellaba un vaso contra el piso de su cocina. El malhumor de Andrew era ilimitado. Esa misma mañana salió a buscar un pasaje a Nueva York. Justo era  asesor en un caso muy sonado y debía entrevistarse con su cliente en aquella ciudad.

Al arribar a primera clase en su avión recordó el día en que habló por vez primera con Ivonne. Se recostó en su asiento y se quedó como adormecido, los últimos acontecimientos le tenían insomne y algo disperso. Se ajustó el cinturón y solicitó un whisky. Por suerte no contaba con compañía en su ubicación.  Mientras bebía recordaba a su dama mágica". Pensar que ahora estaba embarazada y no justamente de él como le hubiera agradado.

Al descender del avión, retiró su equipaje y se fue a su hotel. Dudó si avisar a su familia que estaba  en la ciudad o no. Prefirió tomarse una copa en el bar del hotel y coquetear con su angustiada existencia. Enamorado de una mujer imposible de tener, separado de otra demasiado ambiciosa, realmente en el amor él era un verdadero desastre. Llamó a su hermana Allyson. Ella estaba aburrida en una convención y aceptó con gusto encontrarse con él en ese lugar. Al entrar varios hombres giraron sus cabezas, estaba muy elegante en un traje de cuero ajustado en color azul Francia. _¡Vaya! Luces muy bien, hermanita._ Le dijo mientras le abrazaba y besaba en una de sus mejillas. _¿Y tu esposo?_ le preguntó.

_ Con Bill en casa. Tu novia me dejó a ese chico enloquecido. Ninguna muchacha le gusta, sueña con que tu le dejes y salir con ella. Doce años le separan para que ella le llegue a prestar atención._

Él le dejó hablar y frunció su boca, luego mordió sus labios._ Jamás fue mi novia. Es la señora de Henry Spencer. ¿No hablaste con nuestra madre? Ella fue quien me pronosticó este nuevo desastre en mi vida sentimental.

_Un whisky con hielo, por favor, ¿tú? _Ella le indicó lo mismo.

_Así que hermano estás fregado. Debes volver con Rosalía, sigue sola, hermosa y aún te recuerda._ Andrew le miró con cierto enojo._ Me estás

tomando el pelo. Yo estoy perdido por Ivonne.

_Y yo por Brad Pitt, pero sigo con Harold. No me embromes, hermano. Búscate alguien y ten sexo así se alivia tu mente. ¡Qué mejor que reconquistar a Rosalía!_ Levantó los brazos como indicando, ¿qué esperas?

_Voy a cenar. ¿Me acompañas?_ ella accedió y pasaron al salón comedor.

_Además atrapas las miradas de cuanta mujer te observa, chico_ le dijo su hermana_ Aquí ya tienes por dónde comenzar a dejar tu semen.

_Ni pienso. Nadie me satisface. ¿Has visto alguna foto de Ivonne?_ Es el sueño de cualquier hombre que desee tener una excelente dama a su lado. _Observa y le mostró una de ella en casa de la madre de ambos.

_Con razón mi pobre hijo delira por ella. ¿Cómo puedo consolarte?_ le preguntó su hermana.

_Háblame de ti, de tus campañas en el senado. De tus proyectos, de mamá. Qué se yo de tu familia, pero no hablemos de mi vida hasta dentro de diez años._ Le sonrió.

Cenaron y hasta pidieron postre. Luego bebieron dos whiskys más y al final ella llamó a su chófer para que pasara a buscarle. Mucho alcohol. Le dejó su auto a él para que se movilizase durante su estadía._ Visítanos_ le rogó al despedirse.

Esa noche al entrar a su cuarto se desvistió y cayó en un profundo sueño.

## Capítulo 8

Ya con una pancita bastante redondeada se paseaba feliz por su casa Ivonne. Henry estaba en su escritorio revisando unos nuevos mensaje provenientes de Londres. Ella se acercó y le envolvió con sus tibios brazos mientras le besaba su cuello, mejillas y luego fue a su boca._ Eres insaciable, tus hormonas andan a los saltos y te juegan una mala pasada. No te excites en exceso puedes adelantar tu parto._ Le señaló Henry con cariño. _¡Vaya, como se mueve ese crío!_ sonrió pasando su mano por la desnudez de su vientre.

_Ven cariño, tus manos me producen un deseo especial._ Él le enderezó con cierta dificultad y ayudado por su bastón se dejó conducir a la alcoba. Subieron al ascensor y ella comenzó a desabrochar su camisa y besar su pecho velludo. Muy sensual se sacó su musculosa y al llegar al dormitorio el perdió su mirada en sus erectos senos, _¡mírate nomás! Eres una nereida, ven aquí ninfa descocada. Juntos cayeron en la cama y él se dejó

llevar por ella.

_Al concluir ambos se abrazaron y besaron._ Gracias, pequeña, tu gestación me devolvió mi salud perdida._ Le confesó, Henry.

_¿Sabes? Te brindé alguien por quien vivir. Deseas disfrutar del pequeño Billy, entonces día tras día tu salud evoluciona._ Se vistió y bajó de la cama.

_¿Adónde vas, mariposa?_ le preguntó él acariciando sus largos cabellos, sueltos y ensortijados.

_Te traeré un aperitivo y un vaso de jugo para mí._ Ya vuelvo.

Corrió escaleras abajo y llegó a la cocina buscando todo aquello. _Muero de hambre le dijo a la cocinera. ¿Algo rápido para picar? Le dio queso y algunas aceitunas._ Agradecida, estamos en la alcoba. Avisen cuando debamos bajar a cenar. He secuestrado a mis esposo. _Se montó en el ascensor y al llegar encontró a Henry viendo la televisión.

_Sírvete._ Se recostó junto a él, poniéndose de costado._ Sube el volumen. Conozco a esa mujer. Es una conocida escritora. ¡Qué tal!, llevan un libro de ella al cine. No lo he leído. en cuanto pueda lo compro, es mi favorita.

_Estás más que bella, amor mío. Gracias por entregarme tu juventud y hacerme tan dichoso. _Le dijo, Henry tomándole por su talle y besándole con toda pasión._ Eres mi sol y mi luna. ¡Te amo tanto!

_Te quiero, mi vida, solo me brindas amor y este pequeñín ya está viniendo... Duele mucho. Llama a nuestro chófer, urgente. Sacó el bolso del placar y se metió al ascensor. ¿Vienes?_ Estiró su mano y tomó la de él arrastrándole. _

Llegaron a la salida y salieron rápido. Al subir al auto las contracciones eran más que seguidas. Ella gritaba y se aferraba a su marido. Al llegar al sanatorio salieron a buscarle con una silla de ruedas._ La ginecóloga le ordenó a los camilleros ocuparse de Henry, temía que por la emoción se descompensara.

Llegaron sus padres en ese momento , las tías y dos primas.

Henry frente a la habitación donde ella estaba pariendo pidió entrar y le vio retorciéndose de dolor.  Un camillero le puso una bata y se colocó a su lado._ Dime cuando lo veas, mi vida. Yo pujo para que tu hijo salte a tus brazos le dijo ella en medio de una de las más bravas contracciones. _¡Lo veo mi amor, ahí está, gracias chiquilla! El alarido de ella fue brutal y con alegría él puso a su hijo en brazos de Ivonne. _ Cortó el cordón umbilical

y la rodeó con sus brazos. _Quédate junto a ella, yo suturo _le dijo la doctora. Mientras él le cubría de besos su rostro y le susurraba tiernas palabras.

Salió de la habitación por sus propios medios, sin el bastón. Reía y lloraba.

_Ambos están en perfecto estado _le dijo la obstetra.

Cuando entraron al pasillo los abuelos abrazaron al nuevo papá._ Henry, has dejado tu bastón_ observó la madre de Ivonne.

A las cuatro horas, la muchacha, descansaba en cuidados intensivos, junto a ella estaba el feliz padre.

Entró la dichosa abuela y le rogó a Henry que se fuera a descansar. Él solicitó un privado y se recostó en un cómodo sillón. Allí pasó la noche. Su médico vino a controlarle. Le encontró en perfecto estado y se asombró al ver que no tenía su bastón.

Han transcurrido seis años desde esa especial noche. En una librería de San Francisco la escritora Arlen Miller presenta su libro "Quisiera estar contigo". Una hermosa mujer se acerca a ella pidiéndole que le autografíe su obra. Sus miradas se cruzan y sonríen: _La mujer que inspiró esta novela ante mis ojos. _ Ambas se abrazaron y besaron con mucho cariño. _

_¿Cómo estás Ivonne?_ Le miró y observó que se veía tanto o más bella que cuando se conocieron.

_Estoy contenta por volver a verle. Vine con mi hijo, Billy, está afuera con mi esposo._ La mujer , curiosa, miró hacia la calle, con asombro, vio al pequeño de la mano de aquel buen mozo anciano.

_¿Eres feliz, querida?_ Ella le miró y le dijo:

_Billy salvó a mi esposo de envejecer antes de tiempo. Por ambos, soy muy feliz. Cariños a Andrew cuando le vea. Le llevo en mi corazón.

La escritora le vio subir al auto, comprendió que, realmente era una muy buena esposa.

FIN